

CONSTANTINO P. KAVAFIS (1863-1933)

Algunos de sus poemas traducidos del griego
por EDELWEISS PACCIOTTI DE GONZÁLEZ.

Velas

*Los días del futuro están ante nosotros
como una hilera de velas encendidas,
doradas, cálidas y vivas.*

*Atrás están los días del pasado,
como una triste fila de velas apagadas;
las más cercanas aún despiden humo,
frías, desechas y torcidas.*

*Yo no quiero mirarlas, me duele verlas así
y recordar su primera luz.
Busco ante mí las velas encendidas.*

*Yo no quiero volverme, para no estremecerme,
viendo como crece rápidamente la fila oscura,
como se multiplican las velas apagadas.*

Las ventanas

*En estos cuartos oscuros, en que transcurro
mis pesados días, doy vueltas por todos
lados, para encontrar las ventanas.*

*Si una ventana se abriera, sin duda sería
un consuelo.*

*Pero las ventanas no se encuentran
y no puedo encontrarlas. Y tal vez
es mejor así. Tal vez la luz será una nueva
tiranía.*

¡Quién sabe qué nuevas cosas mostrará!

La Ciudad

*Tú dices: "Me iré para otra tierra
y otro mar. Otra ciudad habrá mejor que esta.
Una condena escrita pesa sobre todos
mis esfuerzos. Y como un muerto sepultado
yace mi corazón. ¿Hasta cuándo
mi mente permanecerá en este decaimiento?
Vuelvo la mirada a mi alrededor y dondequiera
que miro, veo negras ruinas de mi vida,
en este sitio donde tantos años
he pasado y malogrado y perdido.*

*No encontrarás nuevos lugares, no encontrarás
otros mares. La ciudad te seguirá.*

*Rondarás las mismas calles. Y te envejecerás
en los mismos barrios, y en estas
mismas casas te saldrán canas.*

Esta ciudad será tu eterna meta.

*No pongas tu esperanza en hallar otros
sitios: no hay para tí ni navío,
ni camino.*

*Así como malograste tu vida aquí en este
rincón pequeño, en toda la tierra
la tienes perdida.*

Itaca

Cuando salgas rumbo a Itaca, haz votos
porque el camino sea largo, rico en
peripecias y en nuevos conocimientos.
No temas a los Lestrigones, ni a los Cíclopes,
ni al airado Poseidón; no encontrarás tales
monstruos en tu camino, si tienes alto
el pensamiento y una sublime emoción
en tu espíritu y tu cuerpo. Cíclopes y Lestrigones
y el salvaje Poseidón no se aparecerán,
si no los llevas en tu alma, si tu alma
no los tiene ante sí.

Haz votos porque el camino sea largo
y prolongado, porque sean numerosas
las mañanas de verano, en las que lleges
dichoso a los puertos vistos por primera vez;
demóstrate en los emporios de los Fenicios
y compra sus bellas mercancías,
ámbar, nácar y corales, conchas y ébanos
y voluptuosos perfumes de toda clase,
compra todo lo que puedas de voluptuosos
perfumes; visita muchas ciudades de Egipto,
para aprender más y más de sus sabios.
Y ten siempre en mente a Itaca.
Tu objetivo final es de llegar allá.
Pero no apures tu viaje, de ninguna manera.
Es preferible que dure muchos años;
luego, cuando ya estés viejo, quédate
anclado en la isla, disfruta de la cosecha
que obtuviste en el camino, pero no esperes
que Itaca pueda ofrecerte riquezas.
Itaca te dio el lindo viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya más que darte.

Y si acaso la encuentras pobre, Itaca
no te ha engañado. Ahora que te has
vuelto tan sabio y eres experimentado,
ya podrás comprender muy bien
lo que significa: Itaca.

Muros

*Con despreocupación, con inmisericorde
indiferencia, a mi alrededor construyeron
grandes y altos muros¹.*

*Ahora estoy desesperado aquí, con la mente
agobiada por semejante destino; no pienso
en nada más;*

*porque muchas cosas yo tenía que hacer
afuera. Cuando construyeron los muros,
¡por qué no lo advertí!*

*Pero nunca oí el golpear de los albañiles,
ni escuché ruido alguno. Y así, inadvertidamente,
me encerraron afuera del mundo.*

El Dios abandona a Antonio

*Cuando de improviso a media noche se oigan
las voces de un grupo teatral que pasa
sin ser visto y se aleja con sus maravillosas
músicas, con voces; tu destino derrotado,
tus empresas fracasadas, los fallidos
planes de tu vida, todo esto no lo llores
en vano.*

¹ NOTA: Advertimos que el poeta, en el texto original, ha acudido a un afortunado juego de palabras, que se pierde irremediabilmente en cualquier traducción. Más que de un juego de palabras se trata de la homofonía de los dos términos: "muros" y "destino", en griego moderno. Estas dos palabras, diferentes por número, género y ortografía, pero exactamente iguales por el sonido, están colocadas, respectivamente, al final de un verso, hecho que crea en la conciencia del lector, por la rima y la pausa que le sigue, una ambivalencia real entre esas murallas y ese destino ineludible.

*Como si estuvieras preparado desde hace
tiempo, como si fueras valiente, tal como
corresponde a tí que has merecido semejante
ciudad, acércate con paso firme a la ventana
y escucha con emoción, pero sin las súplicas
y las quejas de los débiles, escucha
como última alegría los sonidos, los maravillosos
instrumentos de ese conjunto secreto
y despídete de Alejandría que tú pierdes.*

NOTA: Aquí también cabe una advertencia de tipo lingüístico. No nos satisface, en nuestra traducción, la expresión "grupo teatral", pero nos ha sido imposible encontrar algo mejor. La misma deficiencia sentimos en la variante: "conjunto", hacia el final de la composición. El texto original dice, en ambas partes: "thiasos", que en el griego actual y corriente significa: conjunto, grupo o compañía teatral. Pero, como se deduce de la misma atmósfera histórica del poema, ya que el protagonista es Marco Antonio, en Alejandría, después de la derrota de Actio, aquí el poeta quiere al mismo tiempo revivir en el término aludido el significado que tenía inicialmente en el griego antiguo. "Thiasos" era, además de un grupo de gente en general, una especie de cofradía que celebraba sacrificios en honor de un dios, preferentemente Diónisos, la cual recorría las calles al son de músicas danzando, cantando y gritando. El título del presente poema y su contenido se explica claramente, como lo ha anotado T. Malanos (*El Poeta C. P. Kavafis*; Atenas 1933, pág. 121). remontando a la fuente, que es Plutarco (*Antonio*, 75). Se inspiró en Plutarco también Shakespeare en su *Antonio y Cleopatra* (Acto IV, escena tercera).

La Satrapía

*Qué desdicha, mientras estás destinado
para bellas y grandes obras, esta injusta
suerte tuya siempre te niega empuje y éxito;
te lo impiden fútiles costumbres,
pequeñeces e indiferencias.
Y qué terrible el día en que cedes
(el día en que te dejas y cedes)
y te vas caminante para Susa, y te diriges
al monarca Artajerjes, quien benignamente
te recibe en su palacio y te ofrece satrapías
y cosas semejantes.*

*Y tú las recibes con desesperanzas
estas cosas que no quieres.
Otras cosas busca tu alma, por otras cosas
suspiras; la alabanza del Pueblo y de los Sabios,
los arduos e incomparables aplausos;
la Asamblea, el Teatro, las Coronas.
Estas cosas, ¿cómo te las dará Artajerjes?
Estas cosas, ¿cómo las podrás encontrar
en la satrapía?
¿Y qué vida conducirás sin estas cosas?*

En el año 31 A. C. en Alejandría

*Desde un cercano villorrio, el vendedor
ambulante llegó. Tiene aún el rostro
empolvado por el viaje.
Ofrece a gritos: "¡Incienso!" "¡Goma!"
"¡Exquisito aceite!" "¡Perfume para
el cabello!" entre las calles y gentes.
Pero por el gran ruido y las músicas
y los desfiles nadie lo oye.
La multitud lo arrastra, lo atropella,
lo aturde. Y cuando al fin, desconcertado,
pregunta: "¿Qué es esta locura?",
alguien le lanza a la cara la enorme
mentira de palacio, que en Grecia
Antonio ha ganado la batalla.*

NOTA: En el año 31 A. C. se verificó la batalla naval de Actio, en aguas de Grecia, en que Octavio resultó victorioso sobre Marco Antonio y Cleopatra, quienes habían unido sus flotas contra Octavio (más tarde: "Augusto"), representante del poder oficial de Roma.

Cuando Cleopatra se dio cuenta de que la batalla se inclinaba en favor del adversario, se retiró con sus naves, para volver a la base naval de Alejandría.

Antonio, perdida toda su flota, siguió a Cleopatra en su única nave supérstite.

La "mentira" de que habla Kavafis es histórica, como lo han anotado los autores Paputsakis y Pontani en sus obras respectivas, porque Cleopatra después de la derrota regresó a Alejandría con las naves engalanadas y con cantos de victoria, para hacer creer al pueblo que había vencido (vea: Dione Casio, LI, 51).